



**REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA  
UNIVERSIDAD FERMÍN TORO  
COORDINACIÓN DE DOCTORADO  
DOCTORADO EN CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN**

**EN MODO SUBJUNTIVO, AMEN... SIN ACENTO  
(Ensayo)**

**MSc. Naiyelis Yadira Peroza Rodríguez  
C.I: 15.351.030  
9NA Cohorte G1**

**Barquisimeto, Julio de 2014**



REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA  
UNIVERSIDAD FERMÍN TORO  
COORDINACIÓN DE DOCTORADO  
DOCTORADO EN CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

**EN MODO SUBJUNTIVO, AMEN... SIN ACENTO  
(Ensayo)**

**Autor (a): MSc. Naiyelis Yadira Peroza Rodríguez**

Julio, 2014.

Universidad Fermín Toro

[lnaiyelis@gmail.com](mailto:lnaiyelis@gmail.com)

**RESUMEN**

El presente ensayo tiene como objeto disertar sobre la importancia de considerar al amor como un elemento esencial en la educación de la actualidad, cuyo proceso reposa sobre el modelo curricular por competencias que, entre otras ambiciones, persigue el interés de formar a los estudiantes de todos los niveles académicos para aprender a hacer, aprender a conocer, aprender a ser y aprender a convivir, aptitudes estas que no resultan posible al margen del amor, pues como bien afirma Maturana (1996) las relaciones humanas, incluida la relación docente-estudiante, que es una de las más trascendentales en la vida de toda persona, “se ordenan desde la emoción y no desde la razón, aunque la razón le dé forma” (p. 47). Desde esta perspectiva surge la necesidad de invitar a los docentes a reflexionar sobre el fenómeno del amor y que, a lo largo de su práctica amen, pues es desde la experiencia y no desde la pura literatura que el amor puede fraguar las bases para construir la cultura de paz procurada desde cada rincón del mundo y simultáneamente reconducir la educación hacia los propósitos más amplios que se tienen hoy.

**Palabras clave: Amor, cultura de paz, educación.**

## ABSTRACT

El presente ensayo tiene como objeto disertar sobre la importancia de considerar al amor como un elemento esencial en la educación de la actualidad, cuyo proceso reposa sobre el modelo curricular por competencias que, entre otras ambiciones, persigue el interés de formar a los estudiantes de todos los niveles académicos para aprender a hacer, aprender a conocer, aprender a ser y aprender a convivir, aptitudes estas que no resultan posible al margen del amor, pues como bien afirma Maturana (1996) las relaciones humanas, incluida la relación docente-estudiante, que es una de las más trascendentales en la vida de toda persona, “se ordenan desde la emoción y no desde la razón, aunque la razón le dé forma” (p. 47). Desde esta perspectiva surge la necesidad de invitar a los docentes a reflexionar sobre el fenómeno del amor y que, a lo largo de su práctica amen, pues es desde la experiencia y no desde la pura literatura que el amor puede fraguar las bases para construir la cultura de paz procurada desde cada rincón del mundo y simultáneamente reconducir la educación hacia los propósitos más amplios que se tienen hoy.

**key words: Amor, cultura de paz, educación.**

## EN MODO SUBJUNTIVO, AMEN... SIN ACENTO

*El amor es el timonel de todas las cosas, defectos y excesos.*

*Chang*

Hablar de educación es, sin dudas, referirse a un proyecto político, pues el currículo, que es la plataforma de toda intención, planeación y acción pedagógica es emanado desde el estado, en tanto instrumento estratégico para la construcción del modelo de hombre que éste patrocina y demanda en los diferentes momentos históricos. A tal efecto, como lo afirma De Zubiría (2006) “toda teoría pedagógica es una teoría política” (p. 39), lo que implica que el currículo constituya un documento transitorio, caducable debido a su estrecha vinculación con el proyecto de país, inevitablemente cambiante en función de la cosmovisión de cada entidad gubernamental en turno para la gerencia de una nación.

Con cada modelo de gobierno nacen y se desarrollan las densas propuestas de modelos pedagógicos que de forma inexcusable, “le asignan funciones distintas a la educación porque parten de concepciones diferentes del ser humano y del tipo de hombre y de sociedad que se quiere formar”, como lo expresa De Zubiría (2006) (p. 39). De esto resulta que al observar la historia educativa de Latinoamérica se evidencien procesos y productos educativos disímiles, según hayan servido de marco el modelo Tradicional, Romántico, Conductista, Desarrollista, Socialista o Constructivista que, pese al propósito común de la socialización, tienen sus propios fundamentos psicológicos, filosóficos, epistemológicos y antropológicos, en los cuales se gestan sus discrepancias.

En un modelo pedagógico se representa la interrelación de todos los elementos intervinientes en el proceso educativo, en especial la dinámica de la tríada docente-dicente-conocimiento que según se advierte en una mirada diacrónica, muestra cambios significativos desde el siglo XVIII y hasta el inicio de esta segunda década del siglo XXI. El tiempo tejió la antítesis evidente en esa línea de tiempo desde todos los rincones del quehacer educativo, verbigracia, el docente cambió su rol de transmisionista y difusor de saberes por el de facilitador; el educando pasó de ser un objeto al que se le dirige, se le modela y se le equipa para ser concebido ahora como un sujeto copartícipe de su formación y transformación; y el conocimiento, ya no es más una sustancia inerte depositaria de verdades absolutas y traducida a un producto sino una materia cambiante, centrada en procesos y gestora de caminos para resignificar realidades.

Todos los modelos o perspectivas tienen sus bondades y desventajas, por lo que no se estima conveniente la taxonomía de buenos y malos, ni la opción de un modelo único para orientar el complejo hecho educativo, no

obstante hoy por hoy se presume plausible la perspectiva constructivista para canalizar el accionar pedagógico, tomando en cuenta el abanico de posibilidades que despliega para hacer de las experiencias educativas prácticas más significativas y pertinentes con las actuales circunstancias, esencialmente distintas a las de hace cincuenta años.

Como bien lo expresa Rosenthal, referida por Paoli (2008) “estamos viviendo transformaciones profundas en la Tierra. Ellas incluyen desde el clima hasta la innovación en la forma de los mapas continentales. Estos cambios abarcan, desde luego al hombre”, lo que supone estudiantes con otras necesidades, talentos e intereses educativos, estudiantes que son hijos y testigos de otros eventos, seres con un nuevo ADN cultural, nativos tecnológicos inmersos en la globalización y otros fenómenos para los que ya el actual sistema educativo no es coherente.

En respuesta a tal incoherencia resulta perentoria necesidad repensar el papel de lo que Freire llamó las categorías claves de la educación, es decir, sobre conocimiento, educando y educador para recalcar que, según el pensamiento del mismo autor, resumido por Duhalde (2008), “el conocimiento no se transmite, sino que se construye o produce y que, tanto educando como educador deben asumirse como sujetos activos de dicho proceso constructivo” (p. 205). Frente a éste, resulta interesante el planteamiento de De Zubiría (2006), para quien el conocimiento ya no debe ser el fin último de la educación y en su lugar, se debe aspirar a algo más completo y complejo, como es el caso del desarrollo de las competencias cognitivas, socioafectivas y prácticas, donde encuentra su lugar el amor, ese constructo que a todo el mundo atañe, en tanto ser amante u objeto amado.

De acuerdo con lo expuesto por Maturana (1996), el amor es una parte fundamental de nuestra existencia, es una emoción que condiciona y es condicionada por el razonar, en consecuencia, si como resulta indiscutible y lo expone De Zubiría (2006), de forma inevitable y constante “el ser humano piensa, ama y actúa, toda propuesta pedagógica deberá definir un propósito para cada una de esas dimensiones”. Ésta es una deuda que debe pagarse a las generaciones de hoy y preverse con los repobladores planetarios por venir, antes que el futuro nos alcance y en un parpadear se haga presente.

Así como la ética, los valores, las estrategias de enseñanza y aprendizaje y tantos otros temas tienen un necesario espacio para el debate en educación, porque ayudan a comprender y mejorar el proceso de formación, resulta un asunto urgente encontrarlo también para el amor que, de acuerdo a lo observado en la sociedad y en diversas investigaciones, es el principal elemento socializador de todas las épocas y culturas. Lograr el cometido de la actual propuesta curricular de forjar en el estudiante competencias para aprender a ser, a conocer, a hacer y a convivir, esto último sobre todo en condiciones óptimas, pasa por superar la animadversión que se tiene por la emoción, los sentimientos y el vacío epistemológico que existe en torno al amor.

En esta sociedad del conocimiento resulta un hecho incuestionable que el hombre es un ser inteligente, así lo demuestran los numerosos avances

científicos y tecnológicos logrados en las últimas décadas desde todos los campos del saber, sin embargo, tan cultivada facultad no ha servido para construir el mundo mejor que a gritos silentes se le pide a la educación y por el contrario, cuanto mayor alarde de coeficiente intelectual se hace en la sociedad, mayor es el grado de incomprensión, intolerancia e irrespeto que se evidencia entre sus miembros. Esto apunta a que la inteligencia no basta y por lo tanto es un error seguir enfatizando desde la educación acciones destinadas a perfeccionar sólo el primer y el tercer sistema del cerebro, es decir, el pensar y el actuar en detrimento del sentir y de nuevo, aparece el amor como el puzle faltante para dar forma y sentido al arte de educar.

Tal situación hace proporcional el creciente número de alfabetizados escolásticos con el de analfabetas emocionales, con su consecuente impacto en las relaciones humanas, las cuales, como afirma Maturana (1996) “se ordenan desde la emoción y no desde la razón, aunque la razón le dé forma” (p. 47). En una explicación más detallada expresa el autor que:

Tenemos miedo a las emociones porque las consideramos rupturas de la razón, y queremos controlarlas. (...) el deseo de controlar las emociones tiene que ver con nuestra cultura, orientada a la dicotomía de lo bueno y lo malo; se enfatiza, como línea central de la vida la lucha entre el bien y el mal, “lo bueno y lo malo. (...) la educación pasa a ser un modo de controlar la maldad, tal vez también de guiar hacia la bondad, pero sobre todo de controlar la maldad. En un momento histórico como el nuestro, descendiente del período histórico de la ilustración, parece que la maldad se controla con la razón y que la razón nos acerca a lo bueno. El resultado es que vivimos en lucha contra las emociones, en el supuesto de que ellas nos alejan de la razón y nos acercan a lo arbitrario, que es lo malo. (p. 47)

La creciente ola de violencia dentro de la nación y más allá de sus fronteras, la negativa de los venezolanos al diálogo y la conciliación, el alto índice de deserción escolar, la desmotivación reinante entre docentes y estudiantes, manifestado en el ausentismo simbólico de los primeros y el bajo rendimiento de los segundos, entre tantas otras realidades destructoras de la sociedad son hechos que no puede ni debe ignorar la educación, en tanto su propósito sea restaurar el sentido de lo humano.

Ahora bien, si como se observa, la inteligencia por sí sola no ha podido resolver tantos problemas sociales encomendados a la educación, es porque ella sola no basta y la actual propuesta curricular o cualquier otro proyecto integrador que ambicione una formación holística debe considerar también otras capacidades. Entre tanto, luce oportuno afirmar que es amor lo que le falta para poder atender la multidimensionalidad del ser humano objeto de su acción y que no se trata de abandonar la razón, sino de conjugarla con la emoción en pro de forjar competencias para un amar inteligente.

Por más resistencia que se encuentre al tema, el amor parece ser la única vía para lograr la transformación que los distintos actores sociales del ámbito educativo esperan calladamente para afrontar con éxito la crisis de esta

modernidad que de forma inevitable, lo abraza todo sin dejar puerto seguro para la certidumbre. Pero ese referido amor debe sobreponerse al problema de la sustantividad que lo coloca en un plano etéreo y lo aleja cada vez más de la concreción. Como bien lo explica Maturana (1996)

Vivimos en una cultura que habla de amor pero lo niega en la acción [...] el amor para nosotros se ha vuelto literatura o, lo que es lo mismo, una virtud, un deber, un bien inalcanzable o una esperanza [...] lo que no hemos incorporado a la vida cotidiana no lo sabemos, y si hablamos de ello, hacemos literatura y a veces malas literaturas porque no tenemos acciones que lo constituyan. (pp. 53 - 68)

Cabe entonces concluir que es el amor traducido en acciones y no las palabras vacías sobre el mismo las que pueden moldear a los seres humanos en la convivencia, entendida ésta como la coexistencia armónica instauradora de la cultura de paz que se procura incluso a nivel mundial, sobre todo en el entendido de que estamos benditamente destinados a compartir el mismo espacio vital, el planeta.

En otras palabras, el amor es un asunto que requiere de trabajo, de faena constante, consciente y en muchos casos, ardua; que implica a los seres humanos como entidades individuales y colectivas simultáneamente, un trabajo que poco o nada tiene que ver con conjuros, hechizos, la lectura de las cartas del tarot y el estudio de los astros, en las que impera siempre una visión externalista de la experiencia amorosa. Por el contrario, si algo hay que hacer, esto es en el interior de cada persona, en un ejercicio de reconocimiento de ésta consigo misma y con los otros, pues el conocimiento, el respeto y la aceptación de la otredad empiezan con el autoconocimiento, el autorespeto y la autoaceptación.

Mucho se ha dicho sobre el amor, empero la atención se ha centrado sobre todo en el amor romántico, que si bien es cierto “es una de las piedras angulares de la vida humana” (p. 11), como lo afirma Fisher (2004), no es menos cierto que en muchas ocasiones lo que se profesa de ambos lados en una relación de pareja dista mucho del amor en su sentido más sublime. A tal efecto advierte Ortega y Gasset (2010) que “fuera empequeñecer el tema reducir el estudio del amor al que sienten, unos por otros, hombres y mujeres. El tema es mucho más vasto” (p. 2), por lo que escudriñarlo exige trascender el enfoque romántico para penetrar en uno más amplio que incluya a la sociedad como unidad, como sistema.

Desde esta óptica cabe razonar que si el ser humano constituye el principal objeto de interés de la educación, entonces ésta debe reencauzarse hacia la humanización y asumir que una nueva cultura productiva debe apoyarse en una nueva cultura formativa, orientada por otros modelos pedagógicos, centrada en la gerencia pluridimensional del ser, en valores y en directrices como entendimiento y amor universal. No es suficiente conocer, comprender y reflexionar la educación del pasado, hay sincronizar los pensamientos hacia nuevas finalidades, contenidos, estrategias y recursos humanos para empezar a reconstruir la educación de presente y echar las bases para la educación del futuro.

Es indiscutible que el ser humano constituye una unidad heteróclita y multiforme. Ningún otro ser vivo conjuga tan perfectamente en sus estructura esencial razón y emoción, inteligencia e intuición, científicidad y espiritualidad. En tal sentido, para que la educación de hoy pueda verdaderamente convertirse en una experiencia que permita aprender a ser, a conocer, a hacer y a convivir debe enmarcarse en un modelo pedagógico autoestructurante complejo, que permita permear todas las dimensiones como una totalidad, advertida en conjunto como mucho más que la suma de las partes.

No por casualidad se plantea en este momento el currículo por competencia en todos los niveles de la educación formal, pues ya es claro que “lo humano no se constituye exclusivamente desde lo racional [...] entrelazado a un razonar está un emocionar. (p. 46), como ya advertía Maturana (1996) desde hace varias décadas. La propuesta es entonces no enseñar el amor, sino vivir en el amor, al menos en el aula, sobre todo en este momento en que gran número de hogares es disfuncional y la atención de la familia está centrada en cubrir necesidades de manutención y otras demandas externas, en detrimento del otros requerimientos emergentes del interior de las personas, verbigracia, el amor.

En el actual contexto, donde la ciencia y la tecnología expanden la información de manera vertiginosa y por diversos canales “educar ya no es sólo enseñar cosas”, (p. 11) como bien lo argumenta Zurbano Díaz de Cerio (1998), se trata sobre todo de formar en el más amplio sentido de la palabra, aludiendo con el verbo a una educación integral que repose sobre un modelo “sentir-pensar”, como el sugerido por Maturana, en el que las ideas y las emociones caminen de la mano sin abismos.

A la luz de los planteamientos anteriores emergen los argumentos capaces de defender incluso por sí solos la causa del amor en el ámbito educativo, de tal manera que, aunque tras las líneas yace un fiscal deseoso de llevar el caso, cada una de las razones se presenta a sí misma con una elocuencia incuestionable que sólo espera la aceptación del docente, inicialmente, para dar curso a su perorata, habida cuenta de que los cambios no vienen de afuera a moldear las aulas que él gerencia sino al revés, nacen en el seno de un aula y luego se proyectan al mundo, aunque las acciones de escriban sin su nombre y apellido.

En este sentido, un primer motivo lo constituye el hecho de que el amor es una experiencia inevitable que le atañe a todos los seres humanos, pues se vincula con éstos desde el mismo momento de la concepción y hasta la muerte. Desde esta premisa correspondería a la familia principalmente educar en amor y para amar, pues como afirma Goleman (1999)

la vida en familia es nuestra primera escuela de aprendizaje emocional; en esta caldera aprendemos cómo sentirnos respecto a nosotros mismos y cómo los demás reaccionarán a nuestros sentimientos; a pensar sobre estos sentimientos y qué alternativas tenemos; a interpretar y expresar esperanzas y temores”. (p. 97)



Sin embargo, no es así y como “el niño no tiene otro entorno a donde acudir que no sea la escuela” (p. 6), como afirman Bisquerra y otros (2012), la institución auxiliar para cubrir esas falencias que se arrastran desde el hogar, tendría que ser la educativa, por cuanto representan la segunda casa de los educandos debido al gran número de horas que requieren los diferentes pensum de estudios.

La segunda razón obedece a que el amor se considera aquí un fenómeno social y si la educación reside entre las ciencias sociales, entonces desde este ámbito también debe haber mucho por decir y sobre todo, por hacer, para que tal empresa supere los altos índices de fracaso a los que alude Fromm (2005) y se mantenga en el tiempo con mejores dividendos, como actividad vital garante de relaciones interpersonales sanas de diversa índole, incluida la relación docente-alumno, docente-docente, alumno-alumno, que en conjunto conforman el conglomerado social en sus diversos roles. En otras palabras, como lo expresa Fromm (2005):

si amar significa tener una actitud de amor hacia todos, si el amor es un rasgo caracterológico, necesariamente debe existir no sólo en la familia y los amigos, sino también en los que están en contacto con nosotros a través del trabajo, los negocios, la profesión. (p. 160)

Un tercer argumento a favor del amor estriba en que, como afirma Sangrador (1993) éste “parece guiar muy importantes comportamientos humanos (...) está latente en muchos proceso interpersonales, intergrupales y como no es posible para ninguna persona vivir aislado “es requisito indispensable para aprender a gestionar las emociones el saber contar con el resto de la manada” (p. 6) como sostienen Bisquerra y otros (2012), manada en la que el docente, como representante del sistema educativo, puede afectar de modo positivo o negativo respecto al amor, pues sin duda éste es asumido como un modelo social, por lo que su cosmovisión, sus acciones y su discurso van marcando pautas.

Un cuarto argumento responde al hecho de que el amor es una experiencia que se extrapola a todos los ámbitos de acción de una persona y si no se puede dejar amar para participar en el proceso educativo, entonces también en ese campo debe tener su justo lugar, sobre todo, si como se aspira en el currículo una de las competencias es el convivir, es decir, lograr que los estudiantes aprendan a coexistir, a vivir con otros en armonía, respetando las diversidades, realidad que sólo es posible desde la aceptación y “la aceptación del otro se da en emoción y no en la razón” (p. 45), como bien lo afirma Maturana.

Como quinto argumento, se torna importante el amor porque abundan publicaciones periódicas, programas radiales y televisivos, publicidades y propagandas que facilitan su compra y venta en la sociedad como un producto, mitificado, “pasajero y mecánico”, según dice Fromm (2005), y si la educación busca desvelar verdades para optimizar la vida de los seres humanos, entonces debe sacar a la a luz, en la medida que la complejidad lo permita, la promoción del proceso del amor, de modo tal que, como sugiere Riso (2008) podamos amar de manera inteligente y cumplir con el objetivo de la educación,

que según Dyer (1983) consiste en “fomentar el pensamiento autónomo, la autorrealización” y en resumen de cuentas, la felicidad.

Finalmente, se justifica estudio de amor, porque a pesar de lo espinoso del tema, “todos están sedientos de amor (...) y sin embargo, casi nadie piensa que hay algo que aprender acerca del amor” (p. 13), como apunta Fromm (2005), con lo que queda abierta la invitación a la disciplina humanística que, por excelencia, debe ocuparse con los procesos de enseñanza y aprendizaje, es decir, la educación.

Es necesario destacar que, no obstante la importancia del amor romántico, la clase fundamental de amor en el presente estudio es el amor fraternal debido a que, en consonancia con lo enunciado por Fromm (2005) éste “es el amor a todos los seres humanos, se caracteriza por su falta de exclusividad (...) se realza la experiencia de unión con todos los hombres, de solidaridad humana, de reparación humana” (p. 66) condiciones requeridas para el consenso o dialogicidad que permiten el convivir y la construcción de la cultura de paz procuradas por el currículo por competencia vigente en la actualidad, sin la consideración de que tales cosas no ocurre sólo por decreto sino que son productos de un profundo estado de acción y reflexión por parte de todos los que hacen parte del sistema educativo, encabezando la lista los educadores.

El amor es el timonel, el único marinero capaz de mantener a flote la embarcación más importante de la humanidad: la educación. Por esto la invitación a los docentes de que aun cuando a veces no tengan claro el norte, aun cuando la dinámica marea alta-marea baja socave las bases de su confianza y aun cuando el amor sea la empresa más fracasada de todos los tiempos, por los siglos de los siglos, amen... así, sin acento.

## REFERENCIAS

- Bisquerra, R. (Coord.), Punset, E., Mora, F. García Navarro, E., López-Cassá, E., Pérez-González, J., Lantieri, L., Nambiar, M., Aguilera, P., Segovia, N., Planells, O. (2012) **¿Cómo educar las emociones? La inteligencia emocional en la infancia y la adolescencia.** Barcelona: Hospital San Joan de Déu. Disponible en [www.faroshsjd.net](http://www.faroshsjd.net)
- De Zubiría Samper, J. (2006). **Los modelos pedagógicos. Hacia una pedagogía dialogante.** Bogotá: Aula Abierta.
- Dyer, W. (1983). **Los regalos de Eykis. Hacia una vida sin límites.** Barcelona: Grijalbo.
- Duhalde, M. (2008) **Pedagogía crítica y formación docente.** *En publicación: Paulo Freire. Fernandes de Alencar (compiladores).* CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.  
Enero 2008. ISBN 978-987-1183-81-4. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/freire/20Duhald.pdf>  
[Fecha de consulta 15-05-2013].
- Fisher, H. (2004). **Por qué amamos. Naturaleza química del amor romántico.** España: Taurus. [Traducción Victoria E. Gordo del Rey].
- Fromm, E. (2005). **El arte de amar.** España: Paidós Contextos 90. [Traducción Noemi Rosenblait].
- Goleman, D. (1996) **La inteligencia emocional.** (3ra. ed.), (E. Mateo, Trad.) Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Maturana, H. (1996). **El sentido de lo humano.** Chile: Dolmen Ediciones, S.A.
- Ortega y Gasset (2010) **Estudios sobre el amor.** Librodot.com. Disponible en <http://ge.tt/1l2gupU/v/0>. [Fecha de consulta 14 de enero 2014].
- Paoli, M. (2008). **Niños indigos. Nuevo paso en la evolución.** Venezuela: Editorial Texto.
- Riso, W. (2008). **Amores altamente peligrosos.** Bogotá: Norma.
- Sangrador, J. (1993). **Consideraciones psicosociales del amor romántico.** *Psicothema*, 1993, vol. 5, suplemento pp. 181 – 196.

Zurbano Díaz de Cerio, J. (1998). **Bases de una educación para la paz y la convivencia.** Pamplona: Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y cultura.

